



LA EDAD DE ORO

46.—Tío Curro
el de la porra.

Pues señor, ha de saber Ud. que había una vez un hombre que vivía alegremente sin pensar en el día mañana, y como el *gastar, deber y no pagar, es el camino del hospital*, en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda, y sin tener más que treinta días al mes, ni que comer más que las uñas. Por lo tanto se fué poniendo con los ánimos tan caídos que cuando no traía para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos decían denuestos, hasta que se aburrió, le pidió un cordel prestado a su compadre, y se fué al campo a ahorcarse; ató el cordel a un olivo, y cuando se lo iba a echar al pescuezo se le apareció un duendecito vestido de fraile que le dijo:—Hombre, ¿qué vas a hacer?—A ahorcarme; ¿no lo está viendo su mercé?—Con que tú, cristiano, ¿vas a hacer lo que hizo Judas? quita allá, que eso no está bien. Toma esta bolsa que nunca se ve vacía, y remédiate.

Nuestro hombre tomó la bolsa y sacó un duro y otro y otro, y vió que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y más palabras y no se agotan estas en la vida de Dios. Visto lo cual desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino había una venta en la que se entró y empezó a pedir de comer y de beber de cuanto había, pagando sobre la marcha, porque visto su pergenio, el ventero no le quería fiar tan gran consumo: y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de la mesa y se quedó más dormido que los muertos en campo santo.

El ventero que se había enterado de que la bolsa de la que sacaba los dineros nunca se veía vacía, le dijo a su mujer que hiciese otra semejante, le sacó la suya al tío Curro y le puso la que su mujer le había hecho en el bolsillo.

Cuando despertó el tío Curro, se puso en camino y llegó a su casa más alegre que un día de sol.

—¡Alegráos! le gritó a la mujer y a los hijos. Aquí hay dinero largo: se acabaron las miserias.

Metió la mano en su bolsa y la sacó vacía; la volvió a meter, pero ¿qué había de sacar? Al ver esto fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templa que lo puso como nuevo.

Más desesperado que nunca cogió el cordel y se fué a ahorcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel a la rama del olivo. ¿Qué vas a hacer, cristiano? le dijo la voz del duendecito que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo.—A colgarme aquí como ristra de ajos en techo de cocina, contestó muy en sí el tío Curro.—¿Con qué te ha vuelto a faltar otra vez la paciencia?—Señor, si no tengo que comer!—Tu culpa, es tu culpa, pero... adelante. Toma este mantel que con él nunca te ha de faltar que comer. Dióle el duende un mantel y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tío Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares que eran uno rico y otros más, que ni que los hubiese guisado el cocinero del rey.

El tío Curro después de darse un hartagón de los de no puedo más, dobló su mantel y se fué a su casa.

En la venta le entró sueño y se acostó a dormir. El ventero que lo reconoció, se sospechó desde luego que algo bueno traería; y birlándole el mantel con el salero del mundo le puso otro en su lugar.

Cuando llegó a su casa les gritó a la mujer y a los hijos:—Vamos, vamos a comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar. En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares se vió cubierto de lamparones de todos tamaños y de todos colores.

Ahí fué ella!! madre e hijos le cayeron encima y lo dejaron para las andas de la caridad.

El tío Curro cogió el cordel y se fué a ahorcar.

El que se había de ahorcar, y el frailecito que no, le dió este una porrita, asegurándole que con ella, todo el mundo le dejaría el alma quieta, y que no tenía más que decirle: *porrita, descomonte* para que todos echasen a correr y lo dejasen en paz, y a sus anchas.

Cogió nuestro hombre el camino de su casa con su porra, más en sí que un alcalde con su vara, y apenas vió venir hacia él a los chiquillos pidiéndole pan con vituperios y denuestos, tal como lo veían hacer a su madre, cuando le dijo a su porra *porrita, descomonte*. No bien lo hubo dicho, cuando empezó la porrita a sacudir trancazos a los muchachos, que me los destempORIZÓ. Acudió la mujer en socorro de los hijos; a ella, *porrita*, dijo el tío Curro, a ella y con coraje, y tal felpa le dió la porrita que la mató.

Avisaron a la justicia y se presentó el alcalde con sus alguaciles. *Porrita, descomonte*, dijo el tío Curro conforme los vió, y la porrita empezó a sacudirles tales cachiporrazos que cada uno valía un duro: de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron a correr que suela no les quedó bajo los pies.

Mandóse un propio al rey avisándole lo que pasaba, y el rey mandó un regimiento de granaderos para prender al tío Curro el de la porra. No bien este lo vió venir, cuando dijo: *porrita, descomonte*, y la tiró en medio de las filas. Empezó esta su baile sobre las costillas de los granaderos, que había un ruido como en un batán: a aquel dejó cojo; a aquel manco; al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los granaderos todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron a correr que no veían la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de cuidado el tío Curro se echó a dormir, guardándose su porrita en el pecho para que no se la robaran.

Cuando se despertó se halló pierni y maniatado y que se lo llevaban a la cárcel, donde le fué leída su sentencia que era de muerte en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozo, y estando ya subido en el cadalso, le desataron las manos; sacó entonces su porrita y le dijo: *porrita, descomonte*, y se la tiró al verdugo que quedó muerto a cachiporrazos. Que suelten a ese hombre, dijo el rey, porque si no, va a acabar con todos mis vasallos; decidle, que le doy un estado en América con tal que se large. Así sucedió; le dió S. M. un estado en la isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en ésta hizo el tío Curro tantas muertes con su porrita que le quedó por nombre *Matanzas*.

FERNÁN CABALLERO

Cuentos y poesías populares andaluces.